

LA VETERINARIA ESPAÑOLA,

REVISTA PROFESIONAL Y CIENTIFICA.

(CONTINUACION DEL ECO DE LA VETERINARIA).

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y ULTIMO DE CADA MES.

PRECIOS DE SUSCRICION. Lo mismo en Madrid que en provincias: 4 rs. al mes, 12 rs. trimestre. En ultramar 60 rs. al año. En el extranjero 48 francos tambien por un año. Solo se admiten sellos de los pueblos en que no haya giro, y aun en este caso, abonando siempre á razon de 44 sellos por cada 6 rs. y enviándolos en carta certificada, sin cuyo requisito la Administracion no responde de los extravíos.

PUNTOS Y MEDIOS DE SUSCRICION. En Madrid en la Redaccion, calle de la Pasion, números 1 y 3, tercero derecha. En provincias por conducto de corresponsal ó remitiendo á la Redaccion, en carta franca, libranzas sobre Correos ó el número de sellos correspondientes.

FUSION DE CLASES (1).

«Divide y vencerás.»
«Union es fuerza.»

I.

De todas las cuestiones que pueden surgir en nuestra profesion veterinaria, la de fusion de unas categorías en otras es, sin el menor género de duda, la más importante, la principal por excelencia. Representa esta cuestion para nosotros, lo que para un padre de numerosa familia la economía doméstica, el buen arreglo de su casa. Suponed, en primer lugar, que este padre de familia es un hombre acaudalado, y os sorprenderá la rapidez escandalosa con que marcha su fortuna al abismo de perdicion segura, si no ejerce sobre el capital una vigilancia esmerada, si no lo distribuye en conveniente proporcion y regla. Pero si hacemos ahora la suposicion de que ese mismo hombre es pobre ó de medianos recursos; en este caso es evidente que, con el despilfarro y el desorden, no habrá para él salvacion posible; mientras que á fuerza de precauciones y buen método, hasta llegará á dominar la adversidad de su suerte..... ¿Y quién no sabe que el primer elemento de prosperidad en una casa consiste en la existencia armónica de la familia? Sin esta condicion primordial, demás estará todo: si en la esposa y en los hijos no hay unidad de miras para

(1) La necesidad de terminar la memoria del señor Morecillo y Olalla, que veníamos publicando, nos impidió dar á luz este artículo en el número próximo anterior, segun habíamos ofrecido.

secundar los esfuerzos y desvelos del padre, inútil ha de ser la porfia de este último en allegar materiales para la construccion de un edificio que no tiene cimientos; si por el contrario, la educacion de esta familia ha llegado á ser tan defectuosa, que una medida, cualquiera que sea, emanada de la autoridad paterna, afecta en sentido opuesto los intereses, las necesidades, los deseos de cada uno de sus individuos, entonces ese padre que es el responsable único de tan honda perturbacion en el seno de su familia, si entra en juicio y se propone salvarla de una ruina inminente, lo primero de que debe ocuparse es en armonizar los intereses opuestos, las necesidades, los deseos engendrados por impremeditacion suya y desarrollados en el abandono de una educacion pésima.

Pues bien: en esta situacion últimamente figurada es en la que se encuentra la veterinaria. Nuestro desamparo ha sido tan grande, nuestra educacion tan torcida, tan profunda la division operada en nuestra pobre clase; que, nacidos todos para el desempeño de una mision única, indivisible por su naturaleza, por su esencia, no podemos vivir de otra manera que destrozándonos en intestina lucha, desnaturalizando con tan inconcebible diversidad de atribuciones y de estudios la índole de nuestro cometido en sociedad, y haciendo siempre impotentes todo género de sacrificios, por la razon sencillísima de que las aspiraciones de unos son odiadas por los otros, y agitándonos continuamente en un círculo vicioso de causas y de efectos, en cuyo

perímetro tocamos como de soslayo sin lograr jamás atravesarle.

Trae este mal su origen nada menos que desde la fundación de las Escuelas veterinarias; en cuya época debió ya fijarse un término para la habilitación de albéitares por pasantía. Pero no se hizo así, se dejó la puerta abierta indefinidamente para dichos exámenes de consecución fácil, hasta cómoda, hasta holgada, si bien fructíferos para ciertos intereses particulares; se estableció la Escuela de Madrid, es decir, la enseñanza regular y científica, la *oficial*, para hacer competencia á la enseñanza irregular, absurda de la pasantía; se concedió algunas más atribuciones á los profesores salidos del colegio, y este fué el primer paso dado en el camino de nuestras desavenencias y de nuestro desprestigio.

Posteriormente, el Reglamento de 1847, queriendo poner fin al escándalo de los exámenes por pasantía, asignó un plazo para las últimas recepciones, y postergó muchísimo la consideración de los albéitares; pero incurrió en el desliz de aumentar el número de Escuelas veterinarias, y en la notabilísima torpeza de *fraccionar* más aún el objeto *indivisible* de la ciencia, señalando, para colmo de errores, un tercer grado de atribuciones á los profesores que salieran de los colegios de provincias: menos que á los procedentes de la Escuela de Madrid; más que las que injustamente dejaba á los albéitares; menos que las que hasta entonces habían venido disfrutando los mismos albéitares. Ni paró aquí su desacierto: los veterinarios que llamamos puros, los que se habían educado durante cinco años en el colegio de Madrid, las primicias favoritas de la enseñanza oficial, fueron mirados ya con torvo ceño por el Reglamento de 1847, y resultaron despojados de sus garantías legales, porque se había hecho preciso crear otra rivalidad, los veterinarios de primera clase, *mirados* al parecer por dicho Reglamento, y *minados* en su existencia profesional por una multitud de categorías enemigas que se habían apoderado del ejercicio práctico en los pueblos para sitiarnos por hambre en cuanto dejaran el recinto de las aulas.

Se pierde uno en la cuenta cuando se propone enumerar estas diversas categorías profesionales, creadas todas para la conservación y el progreso de

la riqueza pecuaria; y no se comprende que en la mente de ningún hombre sensato haya podido abrigarse la convicción de que son razonables, justas y provechosas!

Sin embargo, tal debió ser, á no dudarlo, la creencia dominante en aquellos tiempos, puesto que en 1854 vemos que se sigue por el mismo derrotero, en el hecho de salir á luz otro Reglamento elaborando una nueva categoría de profesores, los veterinarios de 4 años de colegio, que también se apellidan de 2.^a clase como los de 3 años, y que tienen más atribuciones (en teoría) que estos últimos, menos que los de 1.^a clase, y más ó las mismas que los albéitares, según se los considere.

Ahora bien: ¿cuál puede ser el resultado inevitable de tan monstruoso desorden?... Este resultado se concibe *a priori*, se toca dolorosamente *a posteriori*: en teoría, la absurdidad legal y científica; en práctica, la imposibilidad y la discordia entre hermanos, entre hijos de una misma ciencia, cruelmente mutilada. Si nuestros antiguos albéitares, que ni vieron ni soñaron esas divisiones y subdivisiones de la ciencia veterinaria, esencialmente práctica, esencialmente aplicable á las necesidades de los pueblos; si aquellos albéitares pudieran echar una mirada sobre nuestro estado actual, se estreecerían de horror y de vergüenza! Ellos tenían que luchar (no tanto como nosotros) contra las preocupaciones de su época; pero todos eran iguales en atribuciones, no alimentaban envidias ni rencores de categoría, y peleaban unidos y se respetaban mutuamente. Nosotros estamos condenados á sostener la misma pugna; pero nos hallamos divididos en un gran número de categorías profesionales; cultivamos la envidia, el rencor, el desprecio, nos ultrajamos sin piedad, pública ó privadamente; y, destrozados por nosotros mismos en lo interior de la clase, ni aún siquiera podemos hacer frente á las ofensas que desde lo exterior se nos dirigen.— Que se medite bien: sean cuales fueren las disposiciones que al Gobierno de S. M. sugiera su laudable celo en beneficio de los intereses públicos y profesionales; mientras nuestra ciencia y nuestro ejercicio civil se encuentren repartidos de tan distintos modos como lo están hoy, esas disposiciones habrán de ser impracticables, perjudicarán *necesariamente* los derechos y las aspiraciones de una ó de varias ca-

tegorías, y no servirán á otra cosa que á la estimulación constante de pasiones bastardas.—Hé aquí cómo se explica el fenómeno de que, cuando ha sido propuesta alguna reforma, de diez ó doce mil profesores que cuenta nuestra clase, resulte apoyada esa proposición por unas doscientas ó trescientas firmas, á lo más.

La fusión, pues, es conveniente; pero no solo es conveniente, sino también necesaria y además ineludible.—Anticipémonos, sin embargo, á declarar que no es la *confusion* lo que defenderemos, sino la fusión bien entendida, decorosa, digna.

¿Es posible llevar á cabo esta fusión de categorías profesionales?—Á esclarecer este punto consagraremos nuestros artículos sucesivos. Mas no deja de ser de buen augurio la manifestación hecha por el Sr. Casas, diciendo que admite la fusión *en principio*, esto es, que reconoce en ella un bien para la clase; y por otra parte, tan honroso como significativo es el inusitado ejemplo que nuestra profesión ofrece, partiendo la iniciativa de los veterinarios que ocupan el rango superior en la escala de atribuciones.

L. F. G.

EPIZOOTÍAS.

II.

Fiebre tifoidea epizootica en el ganado de cerda, por D. Francisco Foz, veterinario en Montalvan (Teruel).

No era mi ánimo el que este escrito viera por ahora la luz pública, ya porque de él tal vez se desprenda poca utilidad general, ó bien por circunstancias que no es del caso referir. Mas, como tiene por objeto estudiar una enfermedad poco conocida, por cuyo motivo la considero envuelta en la oscuridad más profunda, ó que al menos hasta la época presente, no ha sido descrita en veterinaria; y puesto que actualmente parece que existe cierto deseo y aun cierta necesidad de poner en conocimiento del público algunas afecciones epizooticas, me he decidido á manifestar á grandes rasgos lo poco que he observado en este país sobre la enfermedad conque se encabeza este artículo: obrando

así cumplo yo con mi deber, mi conciencia queda tranquila, y el profesorado sacará de ello el partido que quiera ó pueda.

Desde hace algunos años se observa en este país una enfermedad en el ganado de cerda, que hace muchos estragos quitando en poco tiempo la vida á los animales que la padecen. Yo ignoraba qué clase de enfermedad seria, porque se conoce que los profesores de esta comarca no han querido ó podido entretenerse en estudiarla y darle publicidad.

Por fin, el terrible azote ha venido para hacer sentir sus devastadores efectos en los animales de cerda, y con tal intensidad, que en poco tiempo ha causado numerosas víctimas en los pueblos que constituyen mi partido.

La enfermedad ataca de un modo brusco; y el primer síntoma con que se revela es la inapetencia completa; de tal modo que el animal rehúsa tomar aun los alimentos más apetecibles. Sigue á este síntoma los escalofríos generales; la temperatura de la piel se encuentra entonces bastante disminuida el pulso pequeño y concentrado; tristeza suma, ojos hundidos y apagados, orejas caídas y frías; pelo erizado; el animal está echado constantemente; algunas veces se presentan accesos de tos, náuseas y aún vómitos.

Cuando la enfermedad ataca con mucha intensidad, generalmente entra el animal en reacción á las cuatro ó cinco horas; pero si este esfuerzo de la organización no se presenta antes de las veinticuatro horas, todos los atacados mueren.—Declarada ya la reacción, se hace el pulso muy acelerado y como convulsivo, de modo que las contracciones desordenadas del corazón se observan á la simple vista en la parte inferior de la región costal izquierda detrás del codo, y mucho más aplicando el dorso de la mano á dicho sitio; entonces hasta se oye el choque del corazón contra la pared costal. En tal estado, la temperatura del cuerpo se eleva; la respiración es fuerte, acelerada y quejumbrosa, percibiéndose estos fenómenos respiratorios á bastante distancia; generalmente la boca está seca, saburrosa la lengua, y existe una tos profunda que aumenta sin cesar.

En el mayor número de casos, cuando la enfermedad se halla en tal estado, el animal sigue agravándose; van en aumento la celeridad y pequeñez del pulso, al mismo tiempo que las contracciones convulsivas del corazón; es mayor cada vez la dificultad de respirar; se observan temblores, ó más bien contracciones clónicas en varias partes del cuerpo; pero especialmente en las regiones escapulo-humoral y coxo-femoral; ansiedad y postración sumas, ojos entreabiertos y amoratados; y este mismo color ofrece la mucosa bucal, que además está seca, aunque algunas veces suele presentarse una baba pegajosa y espumosa, sin duda por la falta de fuerza contráctil de los músculos de la faringe para deglutirla. Aparecen petequias rojo-amoratas en diferentes puntos de la piel, pero más generalmente detrás de las orejas, en la parte inferior del cuello, en las axilas y bragadas, en las extremidades y en el vientre; estas petequias se van juntando rápidamente unas con otras, constituyendo así grandes superficies del mencionado color, y aún hay veces que invaden la totalidad de la piel.

Al llegar la enfermedad á este estado, la ansiedad y la postración suben á su apogeo. La disnea crece; el aire expirado es frío; el pulso se hace imperceptible; la temperatura de la piel baja; y el animal muere generalmente al segundo ó tercer día del padecimiento. Cuando el mal no ataca con una intensidad tan grande, viven los animales hasta el cuarto ó quinto día.

La antopsia, en el mayor número de casos, nos manifiesta el tejido del pulmón ingurgitado de una sangre negra ó venosa, dimanando de ello, tal vez, los golpes de tos y la disnea que se observa mientras el curso de la enfermedad. Las cavidades izquierdas del corazón y los vasos arteriales están vacíos; al paso que las cavidades derechas y el origen de los grandes vasos venosos se encuentran llenos de sangre también negra.

El hígado se muestra de un color algo más oscuro que en los casos ordinarios y como jaspeado y hasta algo más abultado de lo regular. La vejiga de la hiel, llena de bilis; hecho que se debe á la circunstancia de que desde el mismo

momento que el animal es atacado, ya no digiere alimento alguno: como lo patentiza la abertura del estómago, en donde están contenidos todavía los alimentos que el animal tomara antes de la invasión, sin haber sufrido ninguna preparación digestiva, y observándose sólo en ellos mucha acidez.

El bazo está igualmente algo ingurgitado de una sangre negruzca. Los riñones, alguna que otra vez, ofrecen asimismo un color oscuro. La vejiga de la orina, de un color más ó menos oscuro, según la intensidad de la enfermedad, pero siempre relativo á la mayor ó menor alteración de los riñones.

En el tramo intestinal, es en donde se encuentra menor número de alteraciones: cuando más, se observa en los intestinos delgados algunas manchas y arborizaciones de color amarillo oscuro; el intestino recto, lleno de excrementos resecos, apelonados y fétidos en proporción con la violencia de la fiebre.—Añadamos aquí, de paso, que si el animal no excrementa ni orina, esto consiste, no solo en el estado de la sangre, sino en el trastorno general de la inervación, en la postración y abatimiento profundo en que se encuentra, por lo que ni aun siquiera siente la necesidad de ejecutar tales actos.

No siempre la enfermedad termina de un modo tan funesto; hay algunos casos, no tan intensos, en que puede triunfarse de ella.—En algunas ocasiones, el padecimiento acaba por la aparición eruptiva de pústulas gangrenosas; y entonces es casi seguro vencerle con un buen tratamiento; yo, al menos lo he conseguido aplicando á dichas pústulas la composición que uso para combatir los carbuncos en los solípedos (1), y eso que he tenido casos de contar en un animal hasta diez y ocho.

Bien quisiera manifestar clara y terminantemente la naturaleza de esta enfermedad, porque de ello depende la acertada indicación para el tratamiento; pero hay causas poderosas que me lo impiden: la primera, el tener que referirme á

(1) Ungüento de cantáridas, 8 partes; id. de mercurio doble, 3 partes; sublimado corrosivo, 1 parte. Mézclese.—Véase el número 291 de LA VETERINARIA ESPAÑOLA.

una enfermedad desconocida para mí hasta al presente; la segunda, por haber recaído en unos seres que en el momento en que sus amos los ven de alguna gravedad los sacrifican para aprovecharlos en alimentos, sin acordarse de si pueden ser dañosos para su salud. Ni para aquí tampoco la dificultad: los propietarios de estas reses no creen en manera alguna que la ciencia veterinaria pueda ser útil para tratar las enfermedades del ganado moreno, cual lo prueba el haberse desestimado una proposición que hice á esta municipalidad.—Daré una idea de ella. Yo tengo la contrata con la obligación de visitar nada más que los animales solipedos y el ganado vacuno, como es costumbre por este país; pero, al ver los estragos que causaba la enfermedad en el ganado moreno, me dispuse á prestar mis escasos conocimientos facultativos, por la insignificante cantidad de treinta y dos escudos anuales; lo que me fué negado como he dicho. ¡Caso, á la verdad vergonzoso! No porque yo deje de ser quien soy, lo mismo sin la mencionada gratificación, pues sin ella paso; pero toda una población de cuatrocientos á quinientos vecinos y cabeza de partido, abandonar el ganado de cerda á la influencia de la desastrosa enfermedad ó al cuchillo antes de tiempo, por no desprenderse de una retribución tan mezquina, como si la cuestión versara sobre animales de poco valor, siendo como son de tan grandísima importancia; esto no se comprende si no palpando, como nosotros lo hacemos, el egoísmo insensato de los pueblos!

Con esto se demuestra una vez más el atraso y mal entendido interés en que se hallan las poblaciones, y el poco aprecio en que tienen á nuestra desgraciada clase.

No obstante todo esto, he tenido ocasión de hacer una multitud de observaciones; porque muchos vecinos al notar sus animales atacados, reclamaron mi asistencia: no, si bien se quiere, con objeto de que combatiera yo la enfermedad, sino más bien para que los desengañase del peligro en que pudieran encontrarse los animales, para en su caso sacrificarlos y aprovechar sus carnes.

Por esta razón, me ha sido posible observar

tanto los órganos internos, como los externos y la sangre, en todos los períodos del mal.

Cuando los animales se sacrifican á poco de ser invadidos, no descubre en ellos la autopsia cadavérica más que un aumento en la temperatura de las vísceras, y de la sangre; por lo que en tales casos, creo que puede hacerse uso de la carne para la alimentación del hombre, mucho mejor después de la salazón, sin que cause grandes alteraciones en la salud.

La sangre es del mismo color que de ordinario; pero ofrece la diferencia de que se coagula ahora algo más pronto, sin duda por estar más elevada su temperatura; pues si se la somete al batido, dá la misma cantidad de fibrina que en el estado normal.

Si se sacrifican los animales cuando la enfermedad se encuentra en su período de estado ó en su mayor incremento, se observa en las vísceras algunas pequeñas ingurgitaciones y arborizaciones en sus parénquimas; alguna que otra petequia ó equimosis en la superficie de la piel; y por fin, el aumento de temperatura, tanto en los tejidos cuanto en la sangre, es aquí muy marcado.

La sangre vá tomando un color más oscuro, y al caer en la vasija donde se la recoge, sorprende ver que se coagula al momento. El batido dá también mucha fibrina.

Si se deja la sangre en el recipiente sin sufrir el batido, al momento se coagula; principiando luego á manifestarse alrededor del coágulo la serosidad ó suero; y resultando después que este suero queda, poco más ó menos, en la misma cantidad, en la misma proporción que en el estado sano, pero que es de un color rosáceo muy subido. En este caso, se debe aconsejar que no coman la carne, porque puede muy bien acarrear malas consecuencias para la salud.

Sacrificando los animales cuando la enfermedad está en la declinación, en la proximidad á la muerte; presentan ya sus vísceras, con muy corta diferencia, las mismas alteraciones que cuando las reses mueren por la marcha indeclinable de la afección; pero en los gruesos troncos vasculares, así arteriales como venosos, ni en las cavidades del corazón, no se encuentra

la menor cantidad de sangre, sinó que este líquido queda estancando en los parénquimas y la piel, donde los vasos son muy diminutos, donde no puede circular por estar su composición alterada, y por el estado adinámico en que el animal se halla. Examinando la sangre en un recipiente, obsérvase que se coagula con mucha rapidez (tanto que algunas veces forma cúspide en el punto donde cae el chorro), pudiendo además decirse que es casi negra; por otra parte, el suero, cuando se separa es de un color rosáceo algo más subido que en el caso anterior. La cantidad de este, viene á ser la misma que en el estado normal.

Si se la somete al batido, dá mucha fibrina; si se la deja al aire libre por algun tiempo, entra mucho antes en putrefaccion que en el estado de salud.

(Se continuará.)

PATOLOGÍA QUIRÚRGICA.

Enrejadura complicada.

Sabido es que la publicacion de los casos prácticos, bien sea unas veces por lo que estos ofrezcan de particular, ó bien otras, aunque sean comunes, porque solo sirvan para consolidar más las prácticas establecidas; es lo cierto que con ellos se formulan los principios clínicos, que, basados después en la observacion y en la experiencia, nos facilitan preceptos generales, para que en circunstancias análogas desempeñemos con algun acierto las árduas tareas de nuestra mision profesional.

Estas ligeras consideraciones y el imprescindible deber, en que todo profesor se halla, de contribuir con sus servicios al perfeccionamiento y adelantos de la ciencia, me han inducido á mal coordinar la siguiente observacion clínica, que, si nada nuevo contiene, no obstante, por referirse á una lesion que con frecuencia tenemos que combatir, por la gravedad de esta, que en casos parecidos inutiliza muchos animales para el trabajo, y en particular, por la prontitud de su curacion (aunque siguiendo los métodos ordinarios), he creído oportuno someterla á la ilustracion de mis comprofesores, si se la considera digna de figurar en las columnas de nuestro periódico, LA VETERINARIA ESPAÑOLA.

Julian Sanz, vecino de Almadrones, me avisó el dia 18 de Febrero del presente año, para

que, en union del profesor que asistia sus animales, fuera reconocida una mula de su propiedad que *estaba coja*, y que á pesar del tratamiento empleado, iba presentándose cada vez peor.

La mula era castaña oscura, catorce años, temperamento linfático-nervioso y se encontraba bastante flaca.

Anamnésticos.—Hacia ocho dias que, estando ocupada en arar, se escapó la yunta, y cuando fué detenida apareció el animal en cuestion con una gran cojera y arrojando bastante sangre por la parte posterior de la cuartilla correspondiente á la extremidad abdominal izquierda. Visitada por mi compañero dos dias despues, ordenó que aplicaran sobre la parte herida planchuelas empapadas en tintura de áloes, en cuyo uso habian continuado todos los dias, hasta el momento que yo la reconocí.

Exploracion.—Claudicacion intensísima, no apoyando en el terreno sinó ligeramente las lumbres del casco del miembro referido, tumefaccion inflamatoria en el tarso, metatarso y region falangiana; alguna rigidez; sensibilidad aumentada. Notábase en la parte posterior y media de la cuartilla, una herida fistulosa, elipsoide, transversal y un poco oblicua con las dimensiones como de media pulgada de longitud y la mitad de ancho; los bordes de esta solucion de continuidad estaban callosos, descoloridos y vueltos hácia fuera, y se veia fluir espontáneamente de la herida, en forma de rocío, bastante cantidad de un líquido claro, espumoso, con ligero matiz como plomizo, y de olor fétido.—Por la compresion de las partes inmediatas, el mencionado líquido salia en forma de chorro, mezclado con otro de más densidad, gleroso, amarillento, con estrias sanguíneas y semicoagulándose á poco rato de su expulsion. Verificado el sondeamiento con mucho cuidado, observé que la herida tenia como pulgada y media de profundidad, dirigiéndose rectamente de atrás adelante con una oblicuidad ligera á la parte lateral externa. Percibiase por el tacto de la sonda el choque sobre un cuerpo duro y como elástico, saliendo adheridos al boton terminal de la misma dos filamentos blancos y resistentes, al parecer, porciones de tejido fibroso. Por último: notábase, además de la referida solucion de continuidad, otra al lado interno, un poco más baja, distante de la primera cerca de dos traveses de dedo, de menores dimensiones, pero con iguales caracteres, y tambien la salida del líquido descrito; sin embargo, no interesando más que la piel y tejido celular subcutáneo. En comunicacion con la primera y en el espacio intermedio de ambas, se percibia la fluctuacion y todos los de-

más síntomas que caracterizan la existencia de un absceso.

El aspecto general de la mula, triste.

Diagnóstico.—Enrejadura, con lesión de la vaina sinovial del tendón flexor profundo ó perforante, dislaceración del borde externo de este; alguna sospecha de hallarse interesado, por lo menos, el periostio que cubre el hueso cuartilla en este lado; foco purulento con formación de seos en el espacio que separa las dos heridas.

Pronóstico.—Grave, si bien con bastantes esperanzas de curación, en virtud del juicio formado sobre el tratamiento: en cuyo punto el profesor primitivo emitió un parecer muy diverso del mío; pues según él, la enfermedad era incurable, y lo más que se debía hacer, por no abandonar el animal, consistía en la aplicación de tópicos astringentes enérgicos.

No carecía de fundamento este plan; pero antes consideraba yo perentorio satisfacer la indicación puramente quirúrgica que reclamaba la enfermedad, como base de todo tratamiento ulterior y sin lo cual toda medicación farmacológica sería ineficaz; pues continuando la herida en tal estado por algún tiempo, podía presentarse el tétanos y más tarde de seguro el desarado, cáries, anquilosis, etc., etc. Sin embargo de estas y otras consideraciones que sería prolijo referir; insistí en su opinión primera, es decir, creyendo temeraria toda manipulación quirúrgica sobre la región afecta.

Observando el dueño de la mula la diversidad de pareceres, decidió que yo me encargara de la enferma; y accediendo gustoso mi compañero, por otras razones que no son del caso, se procedió el inmediato día 19 al siguiente

Tratamiento.—Sujeto convenientemente el animal, puesta una ligadura circular debajo del menudillo, la mano derecha armada de un bisturí recto de botón y la izquierda, para conducirle, de una sonda acanalada; practiqué una incisión rectilínea de dentro afuera y hacia abajo, comprendiendo los tejidos inflamados existentes desde el fondo de la herida principal, hoyo de la cuartilla (que había desaparecido por la tumefacción), siguiendo después el sulco de los pulpejos, hasta terminar en él que separa en dos porciones la ranilla. La hemorragia, aunque copiosa, continuó por algún tiempo, sin querer yo detenerla, con objeto de derivar el movimiento fluxionario de estas regiones. Mas, apretando después la ligadura y colocando dos mechas de estopa en forma de cono y en sentido inverso dentro de la incisión, de modo que, contentiéndose la salida de sangre, me permitieran explorar el interior de la herida; aproveché los momentos durante los cuales podía ser eficaz

este recurso, y extraje de la solución de continuidad algunas porciones de tejido fibroso, que unas se encontraban libres y otras adheridas. Acto seguido, con el mismo bisturí, sin abandonar la sonda conductora, hice otra pequeña incisión, desbridando los tejidos intermedios á ambas heridas; y, poniendo al descubierto el absceso de que antes hice mérito, di salida á una gran cantidad del líquido seroso ya descrito: resultando de las dos incisiones una en forma de V vuelta hácia abajo.

Hecho esto y absorbida la sangre con una esponja, rellené el fondo de la abertura con una mezcla, partes iguales, de polvo de ratania y de alumbre calcinado, colocando encima una planchuela seca de alguna consistencia; sobre ella léchinos empapados en tintura de aloe y amoníaco, y después una compresa circular; sujeto todo por vueltas de orillo.

Con el objeto de calmar la inflamación existente y la que por necesidad debía sobrevenir á causa de las maniobras quirúrgicas; y para evitar al mismo tiempo la presentación de los fenómenos nerviosos propios de estas lesiones; prescribí que, hasta levantar yo el apósito, fomentaran la tumefacción inflamatoria, algunas veces al día, con un cocimiento de malvas y estramonio, teniendo después la precaución de enjugar perfectamente la parte, á fin de evitar una acción repercusiva. Para combatir el estado general, ordené un régimen higiénico adecuado.

El día 23, ó sea cuatro después de la operación, los síntomas flogísticos habían disminuido, como asimismo el exceso de sensibilidad, la rigidez y en particular la claudicación. Levantado el apósito, aparecían los bordes de la herida y sus paredes de un color ligeramente rosáceo, y tanto los unos como las otras barnizadas de una materia puriforme; la herida presentaba menor profundidad, habiendo eliminado algunas porciones filamentosas consistentes y amarillentas; el flujo seroso-sinovial también había disminuido; siendo el aspecto general de la enferma más alegre.—Cura, como la anterior.

Día 25. Alivio todavía más aparente; apoyo de la extremidad más sólido; inflamación nula; sensibilidad normal; nada de rigidez; la herida tiene un color rojo más subido; pus abundante y de condiciones loables; regeneración de los tejidos desde el fondo; la salida del líquido seroso-sinovial cohibida enteramente.—Sigo con el mismo tratamiento; pero suprimiendo las fomentaciones.

Día 27. La herida vá regenerándose con rapidez; la cojera es insignificante; no hay el

menor vestigio de los síntomas anteriores.—Suprimo los astringentes, y solo aplico unos lechinos impregnados en esencia de trementina, con el correspondiente vendaje.

Día 23 de Marzo. La herida completamente cicatrizada; la extremidad sin lesion alguna, y ejecutando sus movimientos propios con la mayor libertad.—Desde el siguiente día queda sometido el animal á sus trabajos habituales, y continúa como si nada hubiese padecido.

JOSÉ MARTINEZ Y HERNANDEZ.—Castejon de Henares, 4 de Abril de 1867.

VARIEDADES.

ESTADO ACTUAL DE LA ANATOMÍA EN TODOS SUS RAMOS,

POR DON RAFAEL MARTINEZ Y MOLINA.

(Continuacion.)

Tambien ha sacado partido la cirugía de la circunstancia de hallarse ciertos músculos dispuestos de manera que circunscriben espacios triangulares ó de otra forma, dentro de cuyos límites se encierran vasos ó nervios de importancia, sobre los cuales ó á través de los cuales hay á veces necesidad de operar. Basta nombrar el triángulo supraclavicular, «el llamado pronosupinador», el triángulo de Scarpa y el rombo popliteo para comprender toda la importancia de los músculos que forman los límites de estas regiones. La posicion, ora superficial, ora profunda de los músculos cuando estos órganos se encuentran sobrepuestos, tambien se ha prestado á consideraciones prácticas de sumo interés; porque habiéndose notado que los músculos superficiales, como más libres, gozan de mayor retractilidad que los profundos, se ha establecido el precepto de hacer en las amputaciones la seccion de los primeros más baja ó más distante del tronco que la de los segundos, para conseguir un muñon cónico entrante en vez del cónico saliente que resultaba haciendo la seccion de unos y otros á la misma altura.

El abandono mútuo de los fragmentos de una fractura, la actitud en que se coloca un hueso que abandona la cavidad que le recibe, las deformidades que resultan en el tronco, en las extremidades y en algunos de nuestros sentidos á consecuencia de las contracturas musculares, fenómenos son todos que encuentran su explicacion anatómica, conociendo detalladamente la historia de cada masa muscular.

El estudio de las aponeurosis, aun cercenado de la exuberante minuciosidad con que el escalpelo de los anatómicos de la primera mitad de este siglo se ha complacido en recargarle, aun ofrece un vasto campo de aplicacion y nos sirve para explicar fenómenos, actos y funciones del organismo, ilustrando á la vez al cirujano y al médico en el tratamiento de las enfermedades. Este estudio nos ha revelado la sabia prevision de la naturaleza al encerrar en un estuche general y además en otro especial á todos y á cada uno de los músculos de una region dada, su-

ministrándoles de este modo proteccion, puntos de apoyo é independencia en sus contracciones; nos explica el cuadro sintomático de un flemón sub-aponeurótico, y aconseja el tratamiento conveniente para conjurar los males que le siguen; nos sirve para predecir la marcha ó el trayecto que seguirá un derrame de pus ó de orina, siempre que sepamos de antemano el punto de donde proceden estos líquidos; nos explica el mecanismo de la circulacion venosa en los troncos inmediatos al centro circulatorio (1); y por último, nos dice que la entrada del aire en las venas, complicacion terrible en las heridas de estos vasos, es debida en gran parte á las adherencias de sus paredes con láminas fibrosas que los mantienen dilatados, despues de ser interesados con el instrumento.

Mucho partido ha sacado tambien la ciencia médica del estudio de los vasos.

Las arterias sobre todo, han sido seguidas y acompañadas hasta su destino, sin haberlas perdido ni un momento de vista en todo su trayecto, se las ha espiado y acechado, digámoslo así, á su paso por puntos conocidos á fin de comprimirlas, incindir las ó ligarlas en caso necesario; se ha consignado su origen, su calibre, su direccion, su forma, su situacion, sus anastomosis; se han estudiado muy especialmente sus relaciones con la piel, con los huesos, con los músculos, con las aponeurosis, con las venas, con los nervios, y como complemento y corona de esta historia tan detallada y rica en aplicaciones prácticas, se ha abierto para cada vaso un articulo donde se anotan las anomalías que bajo todos los conceptos arriba mencionados pueden ofrecer.

Al estudiar la estructura de las arterias, nos hemos dado razon de las propiedades que las distinguen; ellas son estensibles, porque están rodeadas de una cubierta celulosa que posee esta propiedad; son elásticas, porque el microscopio nos ha demostrado en su túnica media una trama compuesta del elemento fibroso amarillo. Los fenómenos consiguientes á sus dilataciones y heridas; las obliteraciones que ofrecen á consecuencia de los depósitos calcáreos ateromatosos y aún de coágulos fibrinosos detenidos en su trayecto, y las modificaciones que presentan segun las edades, encuentran explicacion en el terreno anatómico, siquiera estas lesiones sean con frecuencia secundarias y dependientes de otra lesion más profunda y general.

(Se continuará.)

(1) Berard, *Memoire sur un point d'anatomie et de physiologie du systeme veineux*. Archives generales de medecine, tomó XXIII.

Richet, *Traité pratique d'anatomie médico-chirurg.* página 484.

Editor responsable, LEONCIO F. GALLEGU.

MADRID: 1867.—Imp. de L. Maroto, Cabestreros, 26.